

DE AZUL A VERDE

**El lago Ypacaraí
y los negociados
de la contaminación**

Un cuento por

ANTONIA MARTINS

© LETRA Paraguay
30 de Abril esquina Los Fundadores
7570, Naranjal, Alto Paraná
Paraguay

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial en medios electrónicos o impresos sin el consentimiento escrito del autor o de LETRA Paraguay. Cualquier semejanza con hechos o personajes reales es pura coincidencia.

Categoría: Ficción juvenil - aventura

- ¡Miren! ¡Esta vista es fabulosa!

Fue la alerta de mi padre al ascender con su vehículo el cerro que llevaba a la ciudad de Caacupé.

- ¡Es el panorama más espléndido que se puede tener en todo el país!

Hmmm, ¿será que mi padre a veces es exagerado? Pero al darme vuelta en mi asiento, contemplé una visión casi celestial: el lago Ypacaraí prácticamente en toda su extensión a lo largo del valle que conformaban los cerros de la Cordillera de los altos, a escasos cuarenta kilómetros de Asunción. Como me era bastante incómodo torcer tanto el cuello, desabroché mi cinturón de seguridad y me arrodillé en el asiento para poder avistar el imponente espectáculo en toda su grandiosidad.

- ¡Cómo quisiera que estuvieran los profesores de la facultad que conocí el año anterior en la laguna Mar Chiquita, de Argentina! - pensé.

Les mostraría que, salvando las distancias, nosotros también tenemos un rico tesoro lacustre en el lago Ypacaraí. A mi mente vinieron como en un flash varios parajes y panoramas hermosos de Mar Chiquita. También sentí algo como un nudo en la garganta de la emoción y el orgullo patriota que me causó ver mi propio lago, famosísimo en el mundo entero debido a la hermosa guarania “Recuerdos de Ypacaraí” compuesta por Zulema de Mirkin y Demetrio Ortiz, y luego popularizada por un reconocido cantante español.

- *Buckle up!* Dijo mi padre en un inglés bastante entendible, aunque no muy bien pronunciado, para que tanto yo como mi hermano Lito nos coloquemos los cinturones de seguridad. Desde niños intentó enseñarnos esa lengua mediante frases fáciles que trataba de repetir cada tanto, pero que no prosperaron para hacer de mi hermano y de mí personas angloparlantes. La persona que sí nos hizo ahondar profundamente en esa lengua, tengo que reconocerlo aunque me cueste, fue Carolina, una joven uruguaya que se las arregló para venir a nuestra casa para consagrarse de niñera cuidando a mi hermano y a mí durante un viaje de trabajo por dos semanas de mis padres a España. Sería más justa con la realidad si dijera que muchas veces Carolina, en lugar de cuidarnos, fue ella la que tuvo que cuidarse de nuestras diabluras...

¿Qué les puedo decir de Carolina? Joven vivaz, demasiado proactiva para mi gusto, ese tipo de personas que hace que las cosas sucedan, a cualquier costo. Cuando la conocí tenía 18 años recién cumplidos. De estatura más bien baja, morena, delgada pero no al punto de ser considerada “flaca.” Su divertida y contagiante personalidad le hizo ganar muchos amigos. Sobre su aspecto físico, sólo les diré que la combinación del tipo de piel con sus ojos verdes nunca pasaba desapercibida ante caballeros de todas las edades, arrancando cumplidos de todo

tipo. Como buena uruguaya, Carolina era verborrágica y sociable, muy despierta y rápida de mente, con un acento típico del rioplatense que es realmente atractivo para algunos, pero un poco pedante para otros, especialmente para los paraguayos...

Cuando Carolina llegó a casa, yo tenía 14 años y mi hermano 12. Día tras día, mañanas y tardes, Carolina llenó nuestras mentes de verbos, partículas auxiliares e “idioms” del inglés. Tanto nos enseñó, que hasta hoy mi padre está sorprendido del efecto causado por la “teacher charrúa” como a él le gusta llamarla. Sí... sé que ya se están preguntando qué tiene que ver todo esto con el lago paraguayo. Por ahora sólo les diré que la dramática aventura que voy a contarles en las siguientes páginas, tiene que ver, básicamente, con el inglés, con el guaraní y con Carolina. Pero prometo ir por partes...

Ypacaraí fue el lago que marcó profundamente mi juventud y mi futuro profesional como socióloga, por medio de la odisea que me tocó vivir cuando se me ocurrió hacer la investigación acerca de la grave contaminación que el lago paraguayo estaba sufriendo.

II

Córdoba me recibió por cuatro meses luego de terminar la escuela media o “la secundaria” como se decía antes de la Reforma Educativa. Viajé para un curso pre-universitario de Ciencias Sociales, ya que mi idea era estudiar la carrera de Sociología. Con casi 19 años hice mi inscripción en la carrera en la Universidad Central del Paraguay, comenzando una etapa que sería decisiva para mi formación y posterior actividad en las ONGs de mi país. Casi al término del primer año de estudios, en la materia “Investigación de Campo,” se nos asignó, por parejas, un proyecto que sondeara la situación de algún tema de actualidad, presentándolo en clase a manera de examen final. Me apresuré a escoger el lago como tema de exploración. Sabía que podía contar con mi amiga Jusara, quien casi con seguridad se uniría a mi espíritu de “pequeña fisgona” de cuantos charcos y pantanos estuvieran a mi alcance.

Tenía en mente que, como cada año, cerca de la temporada veraniega, comenzarían a verse noticias del lago Ypacaraí en los periódicos y programas noticiosos advirtiéndome que sus aguas no eran aptas para el público, ya que sumergirse en ellas podría ocasionar distintos tipos de peligros para la salud. El otrora “lago azul” era ahora de color verde musgo, con tonos entre grisáceos y plata debido a quién sabe qué tipos de grasas, combustibles y suciedades que impregnaban sus orillas, sin mencionar los desechos cloacales e industriales arrojados por la gente local y las curtiembres, frigoríficos y aceiteras de las comunas extendidas por sus costas. La Secretaría del Medio Ambiente, por lo general en el mes de octubre de cada año, comienza a enviar a sus funcionarios para la medición del grado de contaminación en que se encuentra el espejo de agua más usado en el país como balneario y lugar de esparcimiento. Lo más triste del caso es que sólo se limitan a una verificación y control sin más, “amenazando”

con que están en tratativas con el gobierno de Japón u otra potencia oriental para el envío de especialistas que, con equipos de avanzada, depuren las aguas dejándolas diáfanas e inmaculadas. En otras palabras, la esperanza era, cual milagro de Caná, transformar lo turbio en diáfano en cuestión de semanas. En fin..., ya me ocuparía de este tema más adelante, pero por ahora, y aunque esto es un relato de mis desventuras, deberíamos proceder como lo estipulan los pasos de la investigación: definiciones e historia.

III

Luego de un poco de trabajo, descubrí que la mayoría de los lagos del mundo tienen una historia-leyenda que los acompaña. Por supuesto, el lago Ypacará cuenta también con la suya. Fui a mi fuente de referencia más cercano, preguntándole a mi padre sobre el particular, y él me derivó a su tío Calixto Fleitas, de la Compañía Pindoty, en las cercanías de la ciudad de General Aquino.

- El tío Calixto es un gran conocedor de las leyendas del país – me dijo – El podrá darte información con lujo de detalles.

Luego me advirtió casi con solemnidad: - Indaga como está de ánimo y no le hagas tus preguntas al llegar... por el fallecimiento de tu tía Tomasa el mes pasado... Acompáñalo, cébale *tereré* y, si puedes, ayuda a tus primas en la preparación de la cena...

Llegar a Pindoty fue toda una hazaña. Con Jusara acordamos encontrarnos en la terminal de buses de Asunción, donde para comenzar nuestra travesía el bus se encontraba demorado. Al subir al vehículo 40 minutos luego de la hora estipulada por la empresa, tuvimos la urgente necesidad de utilizar un pañuelo para cubrirnos nariz y boca. Un hedor a vómito reciente nos abofeteó al entrar. La promesa de aire acondicionado quedó como un elemento casi risueño al ver que era imposible cerrar las ventanillas gracias a la persona que tuvo la urgencia estomacal. Gracias al cielo, en el fondo del bus el hedor disminuía.

Para nuestra desgracia, hacia General Aquino sólo partían buses “removidos,” nombre que daba la idea cabal de que ese servicio se detendría en cada lugar donde hubiere pasajeros e incluso donde no los hubiere para que, al toque de la bocina del vetusto autobús, aparecieran posibles candidatos a ocupar un asiento. La salida de Asunción hasta Capiatá fue un verdadero suplicio. El trayecto que un automóvil normalmente haría en unos 45 minutos en horas pico, un bus de este tipo lo recorre en dos horas y quince minutos. Muchísima gente nos iba acompañando en la “cafetera,” y gradualmente el autobús se iba atiborrando de personas de todas las extracciones sociales. Los asientos fueron totalmente ocupados a unas pocas cuadras de la terminal de buses, y calculo que unas 40 personas ya iban paradas en el pasillo del bus cuando una elegante *chipera* subió con su típica canasta repleta del pan de maíz con forma de *donut*, tan tradicional en la cultura de mi país. Con una destreza admirable, la joven de minifalda y pantimedias se las ingenió para llegar al final del compacto grupo de

personas paradas que colmaban la vieja catramina. Gracias a Dios, el trajín de la superpoblación terminó a las cuatro horas de viaje en la ciudad de Coronel Oviedo, a escasos 130 kilómetros de nuestro punto de partida. Desde allí nos sobrevino otra perturbación. El chofer comenzó a imprimir velocidad exagerada al desvencijado carromato de tal manera que todo parecía vibrar hasta el punto del desprendimiento de todas las piezas atornilladas o soldadas. Positivamente preferíamos el hacinamiento en el que veníamos que esta situación que Jusara y yo consideramos de peligro extremo.

A 100 kilómetros de Coronel Oviedo entramos a la ciudad de San Estanislao, corrientemente conocida como *Santaní*. Allí, literalmente, el tiempo se detuvo. El chofer descendió deteniendo la marcha del motor, y se dirigió a un comedor familiar donde se unió a un grupo de choferes que ya había comenzado a almorzar. Los pasajeros nos miramos unos a otros casi incómodos, en medio de un ensordecedor silencio que disminuyó notablemente la tensión que veníamos sintiendo. Varios pasajeros bajaron, otros quedaron semidormidos en sus asientos. Una esperanza surgió en nuestro interior de que el relax y la alimentación de nuestro conductor no fueran a ser muy prolongados. Comprendí el apuro del chofer en el trayecto Oviedo-Santaní: estaba ahorrando tiempo a fin de tener suficiente espacio para ese intervalo que quizás para él era la motivación que le hacía olvidar las horas y horas que pasaba detrás del volante. Las risotadas y bromas de los conductores eran totalmente descaradas. Para ellos no había nadie alrededor a quien respetar: mujeres conquistadas, prostitutas visitadas, desperfectos mecánicos, y otras mil historias llenaron las bocas y las mentes de estos hombres a la par que llenaban sus vientres.

La escena en el comedor duró, lo juro con la mano sobre el reloj de mi celular, 33 minutos, luego de los cuales el chofer subió presuroso a tomar el mando del vehículo. Para nuestra zozobra, en el trayecto Santaní-General Aquino el vehículo sufrió, nuevamente, una especie “mutación mecánica.” Lo que suponía ser una catramina que iría a paso de tortuga, se transformó, casi prodigiosamente, en un bólido que se movía, efectuando un cálculo bastante conservador, a más de 100 kilómetros por hora. Felizmente, también en esta ocasión, nada se desprendió del autobús y bajamos en lo que parecía ser un mercado popular que hacía las veces de terminal de buses. Desde allí hasta la Compañía Pindoty fue cuestión de unos minutos en un taxi local que descubrimos por tener esa inscripción en una hoja de papel tamaño carta escrita a mano pegada en el interior de uno de los vidrios traseros.

IV

El mismísimo tío Calixto nos esperaba sentado en su sillón de cable, bajo un frondoso árbol de mango que él había plantado el año de su casamiento, allá por el 1970. Al verme, el tío me abrazó por un momento, derramando algunas lágrimas.

- Lo de la tía es muy reciente – me dije, y sólo atiné a darle mis pésames, pues no había podido acompañar a mi padre para el servicio fúnebre.

Luego de los saludos, el tío preguntó por cada uno de nuestros familiares en Asunción, y yo hice lo mismo respecto de los nuestros en Pindoty. No había mayores novedades en el pueblo, todo seguía en la normalidad, pues casi el cien por cien de sus habitantes permanecía allí como lo hacían sus padres y sus abuelos. Sólo uno de mis tíos, Wigberto, había salido de la norma. Desde joven se dedicó al estudio y la lectura autodidacta, y, en un momento de decisión, a los 35 años, había viajado a Buenos Aires buscando nuevos horizontes. “Ibeto,” como se llamaba cariñosamente a mi tío Wigberto, había dejado prácticamente todos sus preciados libros en su cuarto, que afortunadamente nos cedieron para hospedarnos a mí y a Jusara las dos noches que estuvimos allí. La primera noche no pude con mi genio y pasé unas cuantas horas husmeando entre los manuales y textos que colmaban la pared sur de su habitación.

Lo que llamó mi atención y me mantuvo fascinada durante varias horas de fisgoneo, fue un extenso archivo de materiales periodísticos. Conté 42 carpetas repletas de recortes de diarios, hojas de revistas y revistas completas. Sentí curiosidad por su sistema de clasificación, ya que en el lomo de cada carpeta se podían leer las letras “AG” seguidas por un número, y cada artículo o pieza de material en su interior tenía escrito en el borde superior derecho la identificación de la carpeta, por ejemplo “AG1” seguido de otro número que funcionaba como número de página. Las carpetas estaban cuidadosamente dispuestas en los estantes, guardando un estricto orden numérico que seguía las dos letras, que hasta ese momento eran indescifrables para mí. Me frustré al no encontrar los artículos clasificados por temas: “Bala perdida mata a niña de tres años” fue el primer recorte de la carpeta “AG1”, correspondía al diario “ABC Paraguayo” del 25 de diciembre del 2010. Esa hoja tenía la clasificación “AG1-1.” El segundo artículo, al reverso del primero informaba sobre un récord de salto en paracaídas del francés Baumgartner, con fecha diciembre 28 del mismo año. La siguiente hoja, clasificada “AG1-2”, extrañamente, mostraba un artículo del año 1998. Me extrañó que el tío Wigberto fuera tan desordenado en su forma de almacenar la información, pero al mirar en su modesto escritorio descubrí que en realidad todo estaba organizado al detalle.

Lo que había sido una caja de zapatos, contenía cientos de fichas pequeñas de cartón blanco dispuestas en orden alfabético. La primer ficha contenía sólo dos palabras: “Archivo General,” y servían de fachada o frente del fichero. Allí develé el misterio de las letras, y comprobé el orden que caracterizaba a mi tío Ibeto. Las fichas contenían sólo un tema en el borde superior izquierdo, y debajo, todos los artículos que correspondían a ese tema. Comprendí maravillada cómo funcionaba su archivo de información, que creo que nunca pudo compartir con su familia debido a que seguramente ninguno apreciaría el copioso y valioso registro que se escondía entre sus carpetas, y que con seguridad fue el fruto de al menos una década de trabajo de hormiga.

Rápidamente busqué “Ypacaraí” para ver si tenía alguna información sobre el lago, pero para mi frustración no había una ficha con ese nombre. Luego busqué “lago,” y sobrecogida de mayor admiración hacia mi tío autodidacta, vi que tenía varias fichas con ese epígrafe repleta de información, no sólo del lago Ypacaraí, sino también del Titicaca, Mar Chiquita, San Roque, Ypoá, y otros.

-¡Ya déjate de hurgar en tierra ajena y vente a dormir! Se quejó Jusara.

-¡Voy! Sólo un rato más...

Ese “rato” se transformó en casi tres horas, cuando mis párpados ya no pudieron mantenerse abiertos.

Desperté con el canto de un gallo. Seguramente, el ave era del gallinero que con tanta dedicación había construido mi difunta tía Tomasa. Al mirar por la ventana vi el corral abandonado, muy lejos de ser lo que era cuando ella vivía. De las casi 50 gallinas que contamos un día de lluvia, hoy sólo podía contar apenas una docena. Me vino como un nudo en la garganta que desapareció al despertarse Jusara.

-¿Cómo es el ritual del desayuno aquí? Preguntó por medio de un bostezo que se hizo más profundo al terminar de hablar.

-Bueno, cuando mi tía vivía, ella tenía todo preparado para las seis. Pero ahora creo que tendremos que prepararlo nosotras.

Fui al ambiente contiguo a la habitación de Wigberto en la que estábamos, la cocina. Miré un mueble del tipo ropero pequeño, cuyas puertas superiores en lugar de vidrio tenían tela metálica para permitir la ventilación y a la vez proteger de insectos. Afortunadamente allí había café instantáneo, varias cajas de leche del tipo “larga vida,” azúcar y yerba. El mueble, en sus cajones inferiores, contenían cubiertos, utensilios, servilletas de tela, corchos, fotocopias, fotos familiares, tabletas de medicamentos, billetes de baja denominación, bolígrafos, decenas de boletas del servicio eléctrico, un martillo, clavos doblados de varios tamaños y varios tornillos. Por lo menos eso fue lo que vi en medio de una maraña de mil elementos que mi memoria no pudo retener. Todo estaba desordenado y cubierto de polvo. Tanta piedad me dio que tuve un fuerte deseo de ordenarlo todo, pero afortunadamente tuve el tacto de comprender que no era mi casa.

Estaba abriendo la puerta superior cuando una voz desde atrás me inmovilizó por el sobresalto:

-“Puedes usar todo lo que está ahí,” me dijo el tío Calixto, quien estuvo sentado todo el tiempo en un rincón de la cocina, casi en la oscuridad, pues los rayos del sol a través de la ventana eran tan fuertes y directos que casi

funcionaban como una cortina que dividía el cuarto en dos, cosa que me impidió verlo.

-Toda esa *provista* me la trae mi hija menor, Rosalba. Ella trabaja bien, tiene un buen ingreso con el MOPC. Pero yo sólo tomo *cocido* sin leche y sin azúcar, por la diabetes...

Al recuperarme del sobresalto, sólo atiné a balbucear un tímido “Buen día, tío...”

Luego me percaté de sus palabras, y comprendí que mi tía Rosalba trabajaba para el Ministerio de Obras Públicas.

-“Quizás ella sepa qué está pasando con el lago,” intuí. Pero olvidé todo por un momento y preparé el desayuno. Al servirlo, Jusara, olvidando todo lo que le aleccioné acerca de cómo abordar al tío Calixto, inmediatamente le preguntó sobre el lago sin que yo pudiera hacer nada al respecto.

-Don Calixto, ¿qué nos puede decir del lago Ypacaraí? ¿Qué se dice de su origen? ¿Qué significa el nombre?

- *Anike nde tarova, che rajy...* le dijo el tío en guaraní.

Sentí vergüenza ajena. Mi tío le estaba diciendo “no seas atolondrada, hija mía.”

Jusara, como era de esperar, me preguntó en voz baja qué le había dicho, a lo que yo, suavizando las palabras del tío, traduje “que tenemos tiempo, y no hay porqué apurarse...”

Luego de un silencio interminable de casi dos minutos, al comenzar a colocar las tazas para el desayuno, el tío comenzó a hablar. Percibí que al hablar, sus ojos comenzaban a tener un brillo de emoción. Deduje que Jusara y yo estábamos dando cierto color a su rutinaria y solitaria vida.

-El lago tiene varias historias, pero les voy a contar la que yo creo que es la más acertada y creíble.

V

-Se cuenta que en un valle del arroyo Pirayú, al pie del cerro Yvytypané, que hoy se llama “Patiño” había una fuente de agua llamada “Tapaikua.” Los pobladores de la zona utilizaban la fuente para surtirse del vital líquido, pero un día algo pasó. Un indígena se adueñó del pozo y colocó una cerca alrededor de él, negando el agua a sus vecinos y paisanos.

-La pregunta que el nativo recibía de todos los que buscaban agua ayudó a la formación del nombre: *Ypa karai?* “¿Hay agua, señor?” A lo que éste respondía: *Ndaipori.* “No hay.”

-Ante tal maldad y mezquindad, el panteón guaraní no podía quedarse sin hacer nada. Este hecho desató la ira de los dioses. Sucedió un terremoto tan fuerte, que literalmente vomitó el agua del pozo hacia arriba, llenando todo el valle. Rápidamente el agua cubrió toda la región, en especial las aldeas Tapaikua y Arekaja. Era el año 1603.

-La población comenzó a desesperarse, ya que pensaron que no podrían escapar de las aguas ni siquiera subiendo a los cerros. Por eso llamaron en forma urgente al franciscano Fray Luis Bolaños, que casualmente se encontraba cerca, posiblemente en la ciudad de Yaguarón. El religioso llegó, y desde la colina del cerro Areguá, invocó a Dios, y mediante la cruz y la Biblia bendijo las aguas. Las aguas se calmaron inmediatamente como ocurrió cuando Jesús calmó la tormenta en el lago de Galilea, y las aguas retrocedieron hasta donde están hoy. Desde allí, el pozo de agua “Tapaikua” llegó a ser un gran lago, al que llamaron “Ypacarai”, que en guaraní significa “Toda el agua está bendita.”

-“Hermoso relato” dije, escogiendo bien mis palabras, ya que percibí que el tío refirió todo con un tinte de realidad que no quise desairar.

-Ud. dijo que había otras historias sobre el lago... -requirió Jusara.

-Sí, pero tiene que ver con la religión guaraní, con el relato de la creación.

-Por favor, cuéntenos... -rogó mi amiga.

-Les contaré, pero si me ayudan a alimentar a las gallinas - nos chantajeó risueñamente el tío.

Al volver del gallinero, continuamos con la otra historia.

-*Tupã* junto con su diosa consorte, *Arasy*, apoyaron sus pies sobre la colina de Areguá, desde donde crearon todo lo que existe. Con la tierra de la colina *Tupã* creó una masa con la que dio forma al hombre y a la mujer. De allí que los aregüeños son expertos artesanos con el barro y la cerámica, pues continúan haciendo lo que *Tupã* hizo desde el comienzo de las cosas: amasar y dar vida.

-Areguá se transformó en el centro del mundo, y *Tupã* y *Arasy* crearon una ciudad mágica en el valle: *Mba'evera Guasu* o “la ciudad deslumbrante.” Sin embargo, como los hombres creados fueron atraídos por el brillo y la magnificencia de tal ciudad, *Tupã* tuvo temor de que aquellos pudieran descubrir este patrimonio de los dioses. Por eso inundó el valle, cubriendo así con aguas milagrosas y benditas todo indicio de la deslumbrante ciudad.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

